

Colum McCann

Apeirógono



REQ.49



Seix Barral Biblioteca Formentor

Colum McCann

Apeirógono

Traducción del inglés por
Rubén Martín Giráldez

Título original: *Apeirogon*

© Colum McCann, 2020

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Los créditos de las imágenes se encuentran en la p. 527

Este libro se ha publicado con la colaboración de Literature Ireland



Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-322-3931-1

Depósito legal: B. 13.148-2021

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Las colinas de Jerusalén son una artesa de niebla. Rami recorre de memoria un tramo recto y calcula el peralte de una curva inminente.

A sus sesenta y siete años, va bien agachado en la moto, con su cazadora acolchada y su casco cerrado a cal y canto. Es una moto japonesa de 750 centímetros cúbicos. Una máquina grácil para alguien de su edad.

Rami le da gas a fondo, a pesar del mal tiempo.

Toma una curva cerrada en los jardines, donde la niebla se levanta para revelar oscuridad. *Corpus separatum*. Reduce y deja atrás una torre militar. Las luces de sodio se ven borrosas en medio de la mañana. Una pequeña bandada de pájaros ensombrece el naranja por un momento.

Al pie de la colina, la carretera se zambulle en otra curva, oscurecida de niebla. Reduce a segunda, suelta el embrague, dobla con suavidad y vuelve a tercera. Carretera Número Uno, despunta el letrero por encima de las ruinas de Qalunya: toda la historia aquí amontonada.

Acelera al final de la rampa, toma el carril interior y deja atrás letreros que indican Ciudad Vieja, o Guivat Ram. La autopista es una sucesión de faros matutinos desperdigados.

Inclina el cuerpo a la izquierda y culebrea hasta el carril rápido, hacia los túneles, la Barrera de Separación, la ciudad de Beit Yala. Dos resultados a solo un viraje: Giló a un lado, Belén al otro.

Aquí la geografía lo es todo.

ESTA CARRETERA LLEVA AL ÁREA «A»
BAJO LA AUTORIDAD PALESTINA
PROHIBIDA LA ENTRADA
A CIUDADANOS ISRAELÍES
ES PELIGROSO PARA LAS VIDAS DE USTEDES
Y VA CONTRA LA LEY ISRAELÍ

Quinientos millones de pájaros abovedan el cielo sobre las colinas de Beit Yala cada año. Se mueven siguiendo el orden de un antiguo linaje: abubillas, zorzales, papamoscas, reinitas, cucos, estorninos, verdugos, combatientes, collalbas grises, chorlitos, arañeros, vencejos, gorriones, chotacabras, búhos, gaviotas, halcones, águilas, milanos, grullas, gavilanes, zarapitos, pelícanos, flamencos, cigüeñas, tarabillas, buitres leonados, carracas europeas, tordalinos arábigos, abejarucos, tórtolas, currucas zarceras, lavanderas boyeras, currucas caprotadas, bisbitas gorgirrojos y avetorillos.

Es la segunda superautopista migratoria más concurrida del mundo: al menos cuatrocientas especies distintas de aves la atraviesan a raudales y surcan los cielos en varios niveles. Largas uves de graznido resuelto. Viajeros solitarios que vuelan a ras de hierba.

Cada año aparece ahí abajo un nuevo paisaje: asentamientos israelíes, bloques de apartamentos palestinos, jardines techados, barracas, barreras, circunvalaciones.

Algunas aves migran de noche para evitar a los depredadores, que vuelan siguiendo sus patrones siderales, trazando elipses a toda velocidad, devorando sus propios músculos y sus intestinos en pleno vuelo. Otras viajan durante el día para aprovechar las columnas térmicas que se elevan desde el suelo, el viento cálido que les sostiene las alas y les permite planear.

De vez en cuando, bandadas enteras tapan el sol y embaldurnan de sombras Beit Yala: los campos, las hileras de casas en pendiente, los olivos a las afueras de la ciudad.

Si te tumbas entre los viñedos del monasterio de Cremiso a cualquier hora del día, verás cómo los pájaros en lo alto viajan por sus pistas parlanchinas.

Se posan en árboles, postes de telégrafos, cables de alta tensión, torres de agua, e incluso en el borde del Muro, donde a veces son blanco de las pedradas de algún chaval.

4

La antigua honda estaba hecha con un pedazo de piel curtida del tamaño de un parche para ojo vago, con unos agujeritos; todo ello atravesado por unos cordeles de cuero. Las hondas las inventaron los pastores para espantar a los animales depredadores entre sus rebaños trashumantes.

El pastor sostenía la bolsa en la mano izquierda; los cordeles, en la derecha. Se necesitaba una práctica considerable para usarla con precisión. Después de colocar una piedra en el parche, el hondero tensaba bien los cordones. La hacía girar en amplios círculos por encima de la cabeza varias veces hasta el instante de la descarga natural. La bolsa se abría y la piedra salía disparada. Algunos pastores eran capaces de dar en un blanco del tamaño del ojo de un chacal a doscientos pasos de distancia.

La honda no tardó en ganarse un lugar en el arte de la guerra: su capacidad para disparar contra una cuesta pronunciada y contra almenas hizo que fuese crucial en los asedios a ciudades fortificadas. Se reclutaron legiones de honderos de largo alcance. Vestían armadura completa y llevaban carretas llenas de piedras. Cuando el territorio se volvía impracticable —fosos, zanjas, quebradas en el desierto árido, terraplenes empinados, pedruscos en medio de las carreteras—, bajaban y avanzaban a pie, con unas bolsas ornamentadas colgando de

los hombros. En las más grandes cabían hasta doscientas piedras pequeñas.

Durante los preparativos de la batalla era habitual pintar, como mínimo, una de las piedras. El talismán se colocaba en el fondo de la bolsa cuando el hondero salía a la batalla, con la esperanza de que nunca llegase a utilizar aquella última piedra.

5

En la periferia de la batalla se encargaba a niños —niños de ocho, nueve, diez años— que disparasen a los pájaros en el cielo. Se apostaban en uadis, escondidos entre matorrales del desierto, y disparaban sus piedras desde muros fortificados. Cazaban tórtolas, codornices y pájaros cantores.

A algunas aves las capturaban aún vivas. Las recogían y las metían en jaulas de madera después de sacarles los ojos para que creyesen que era de noche todo el tiempo: así se cebaban de grano sin parar.

Una vez habían engordado el doble del tamaño que necesitaban para volar, las asaban en hornos de arcilla y las servían con pan, olivas y especias.

6

Ocho días antes de morir, después de un espectacular banquete, François Mitterrand, el presidente francés, había encargado de colofón un plato de escribano hortelano, una diminuta aveja de cuello amarillo del tamaño escaso de un pulgar. Aquella exquisitez representaba para él el alma de Francia.

El personal de Mitterrand supervisó la captura de los pájaros silvestres en un pueblo del sur. Se pagó a la policía local, se organizó la caza y las aves fueron capturadas por la linde del bosque, al amanecer, con redes especiales primorosamente

tendidas. Metieron en cajas a los escribanos y los llevaron en una furgoneta a oscuras hasta la casa de campo que Mitterrand tenía en Latche, donde había pasado sus veranos de niño. Los subchefs salieron y se llevaron las jaulas dentro. Se alimentó a los pájaros durante dos semanas hasta que estuvieron gordos a reventar, entonces los levantaron cogidos por las patas sobre una tina de armañac puro y los ahogaron vivos sumergiéndolos cabeza abajo.

A continuación, el chef los desplumó, los salpimentó, los cocinó durante siete minutos en su propia grasa y los colocó en unas cazuelitas blancas recién calentadas.

Cuando el plato estuvo servido, la sala revestida de madera —y allí la familia de Mitterrand, su esposa, sus hijos, su amante, sus amigos— quedó en silencio. El presidente se enderezó en su silla, se apartó la manta de las rodillas, bebió un sorbo de una botella de Château Haut-Marbuzet reserva.

—Solo hay una cosa digna de interés: vivir —dijo Mitterrand.

Se cubrió la cabeza con una servilleta blanca para aspirar el aroma de los pájaros y, como dicta la tradición, para esconder el acto de la mirada de Dios. Cogió los pajaritos y se los comió enteros: la carne suculenta, la grasa, las entrañas amargas, las alas, los tendones, el hígado, los riñones, el corazón caliente, las patas, los diminutos cráneos crujieron entre sus dientes.

Le llevó varios minutos acabar, con la cara tapada todo el tiempo por la servilleta blanca. Su familia oía los ruidos de los huesos al partirse.

Mitterrand se limpió la boca con unos toquitos de la servilleta, apartó a un lado la cazuela de cerámica, levantó la cabeza, sonrió, dio las buenas noches y se puso en pie para irse a la cama.

Ayunó a lo largo de los ocho días y medio siguientes hasta que murió.

En Israel se rastrea a los pájaros mediante un sofisticado sistema de radares colocados por todo el país a lo largo de las rutas migratorias —Eilat, Jerusalén, Latrún— con enlaces a instalaciones militares y a las oficinas de control de tráfico aéreo del aeropuerto Ben Gurión.

Las oficinas del Ben Gurión tienen ventanas inteligentes de tecnología punta. Paneles de ordenadores, radios, teléfonos. Un equipo de expertos formados en aviación y matemáticas rastrea los patrones de vuelo: el tamaño de las bandadas, su senda, forma, velocidad y altura, su comportamiento previsto en patrones estacionales, sus posibles respuestas a los vientos transversales, sirocos y tormentas. Los operadores crean algoritmos y envían avisos de emergencia a los controladores y a las aerolíneas comerciales.

Otra línea de seguimiento se dedica al ejército. Estorninos a trescientos metros norte puerto de Gaza, 31,52583°N, 34,43056°E. Cuarenta y dos mil grullas canadienses a doscientos veinte metros escasos por encima de la orilla sur del mar Rojo, 20,2802°N, 38,5126°E. Movimiento no habitual de bandada hacia este de Acre, precaución guarda costera, tormenta inminente. Bandada prevista, gansos de Canadá, este de Ben Gurión a las 0200 horas, coordenadas exactas TBD. Un par de búhos del desierto avistados en árboles cerca de helicóptero aterrizando en pista B, sur Hebrón, 31,3200°N, 35,0542°E.

Los ornitólogos están más ocupados en otoño y en primavera, durante al apogeo de las grandes migraciones: a veces sus pantallas parecen test de Rorschach. Colaboran con observadores de aves en tierra, aunque un buen rastreador es capaz de intuir el tipo de ave solo por la forma de la bandada en el radar y por la altura a la que aparece.

En la academia militar se les enseña a los pilotos de guerra los intrincados patrones de la migración de las aves para no tener que bajar en picado en lo que llaman zonas de plaga. Todo tiene importancia: un gran charco cerca de la pista podría atraer

a una bandada de estorninos; una mancha de aceite podría apelmazar las alas de un ave de presa y desorientarla; un incendio forestal podría desviar de su curso a una bandada de gansos.

En las estaciones migratorias, los pilotos intentan no viajar a menos de mil metros durante periodos largos.

8

Un cisne puede resultar tan fatal para un piloto como un lanzacohetes.

9

Al final de la Primera Intifada, un par de pájaros que migraban desde Europa hacia el norte de África se encontraron en las redes brumosas de las laderas occidentales de Beit Yala. Estaban enredados el uno junto al otro, atrapados por las patas de un solo cabo, las alas frenéticas contra los filamentos, de manera que a primera vista parecían un solo pájaro de aspecto extravagante.

Los encontró un chaval de catorce años, Tarek Jalil, que pensó al principio que eran demasiado pequeños para ser migrantes: igual eran currucas capirotaadas. Se agachó a mirar mejor. Sus trinos angustiados lo asombraron. Desenredó a los pájaros, los metió en dos bolsas de tela y se los llevó colina arriba hacia la estación de anillamiento de aves para que los identificasen y les colocasen una etiqueta: envergadura del ala, tamaño de cola, peso, sexo, porcentaje de grasa corporal.

Era la primera vez que Tarek veía a esas criaturas: de cabeza verde, bellas, misteriosas. Hojeó guías y buscó registros. Pájaros cantores, seguramente procedentes de España o de Gibraltar, o del sur de Francia. No tenía claro qué hacer con ellos. Su trabajo consistía en ponerles un anillito metálico y una etiqueta numerada en una pata con unos alicates para que su migración pudiera ser documentada antes de soltarlos.

Tarek preparó los anillos. Aquellos pájaros eran tan escaálidos que pesaban menos que una cucharadita de especias. Pensó que las tiras metálicas podrían hacerles perder el equilibrio durante el vuelo.

Titubeó un instante, metió de nuevo los pájaros en las bolsas de tela y se los llevó a su casa en Beit Sahur. Subió las cuestas adoquinadas con los pájaros en brazos. En la cocina había jaulas colgadas. Durante dos días, las dos hermanas de Tarek dieron de comer y beber a los escribanos hortelanos. Al tercero, Tarek llevó otra vez los pájaros a la ladera para soltarlos, sin anillar, entre los albaricoqueros.

Uno de los pájaros se quedó en la palma de su mano un momento antes de echar a volar. Lo acarició con los dedos. Las garras pincharon en una callosidad. El cuellito se restregó contra la parte suave de su mano. Se irguió, vacilante, y salió volando.

Era consciente de que los dos pájaros quedarían indocumentados. Se colgó los anillos de aluminio —con sus números consecutivos— como recuerdo en un fino collar de plata.

Notaba bambolearse los anillos contra su garganta dos meses después, cuando bajó a Virgin Mary Street con sus hermanas mayores a lanzar piedras con las hondas.

10

Una de las dos estaciones de anillamiento de aves que existen en Cisjordania es la del colegio Talitha Kumi: forma parte de un centro medioambiental junto con un museo de historia natural, un programa de reciclaje, un proyecto de tratamiento de aguas, una unidad educacional y un jardín botánico lleno de jazmines, malvarrosas, cardos, ortigas romanas e hileras de ruda africana de flores amarillas.

Desde el centro se otea el Muro que se enrosca por el paisaje. A lo lejos destacan entre las cumbres los ordenados tejados de terracota de los asentamientos, rodeados de vallas electrificadas.

En el valle hay tantas carreteras, puentes, túneles y apartamentos nuevos que los pájaros gravitan hacia la pequeña sección de la ladera, donde pueden descansar y alimentarse entre los árboles frutales y la hierba alta.

Cruzar a pie las cuatro hectáreas del centro medioambiental entre tamariscos, olivos, cactus sabra y los arbustos en flor de las explanadas es como pasearse por el borde de un pulmón contraído.

11

Se ve a menudo un dirigible blanco que se eleva sobre Jerusalén y flota por encima de la ciudad, desaparece, luego sube de nuevo; vuelve a desaparecer. Visto desde las colinas de Beit Yala —a unos kilómetros—, el dirigible blanco sin marcas parece una nubecilla, una blanca roncha blanda, un moscardón.

A veces los pájaros se posan encima, de polizones, y van a la deriva perezosamente durante unos kilómetros hasta que se precipitan de nuevo en picado: un ruiseñor que se solaza a lomos de un águila.

El dirigible, al que su tripulación israelí y los técnicos de radar llaman por el mote de *Fat Boy Two*, acostumbra a planear a unos trescientos metros del suelo. Está hecho de kevlar y aluminio. Por la parte de debajo va pegada una cabina de cristal. Una sala para trece hombres equipada con una serie de ordenadores y cámaras infrarrojas con potencia suficiente para captar e identificar los números y colores de todas y cada una de las matrículas de la autopista, incluso las que pasan a toda velocidad.

12

La matrícula de Rami es amarilla.